

Fiesta de Jesucristo, rey del universo (22 de noviembre de 2020)

Me dispongo a la oración leyendo y dejando que resuenen estos textos

Los que veían a Cristo el Hombre que sembraba el bien por donde iba, los que esperaban al Rey que restituiría el arrebatado cetro de Israel, el Rey que liberaría al pueblo del yugo romano y repartiría enchufes a sus seguidores, se han llevado el mayor de los desengaños con el aparente fracaso de Cristo en la Cruz. Pero aquellos que han creído en Él, y le siguieron en cuanto Dios, han visto el mayor de los triunfos en la Resurrección. (Rovirosa, OC, T.V. 277)

En este mundo que corre sin un rumbo común, se respira una atmósfera donde la distancia entre la obsesión por el propio bienestar y la felicidad compartida de la humanidad se amplía hasta tal punto que da la impresión de que se está produciendo un verdadero cisma entre el individuo y la comunidad humana. [...] ¡Qué bonito sería que a medida que descubrimos nuevos planetas lejanos, volviéramos a descubrir las necesidades del hermano o de la hermana en órbita alrededor de mí! (Fratelli Tutti, 31)

Desde los textos, me sitúo en la vida.

Solo podemos vivir nuestra fe reconociendo a Cristo en cada persona, especialmente en la persona empobrecida, en quien necesita que me haga prójimo en su necesidad.

Pues si por algo se nos va a juzgar, será por cómo hemos amado, contemplando al crucificado.

JESÚS: me convence tu divinidad, despojada de todo poder;
 me atrae tu corazón manso y humilde;
 me seduce tu amor a los pobres, pequeños y marginados;
 me imanta la imagen de tu Dios, Padre de infinita misericordia;
 me conmueve tu fidelidad, a ti mismo, hasta la muerte;
 me subyuga tu energía profética para denunciar abusos de poder e hipocresía religiosa;
 me desarma tu silencio e indefensión
 ante los poderes que te acusan y condenan;
 me aterra tu grito desde la cruz: “¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!”;
 me estremece tu petición de perdón
 para tus mismos verdugos;
 me da vida saber que, desde hace veinte siglos,
 continúas resucitando
 en el corazón de mujeres y hombres, que
 buscan sinceramente el bien y la verdad;
 me alienta el calor de tu cercanía, buen Hermano,
 que nos acompañas en el camino
 de llegar a ser libres y felices,
 de acuerdo con la voluntad amorosa del Padre.
 ¡Jesús: divino en tu inmensa humanidad!
 ¡Jesús: humano en tu desnuda divinidad!

(A. López Baeza)



Hoy me dice LA PALABRA...

Mateo 25, 31-46.- Lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo

«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras. Y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. Entonces dirá el rey a los de su derecha: “Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme”.

Entonces los justos le contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber?; ¿cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos?; ¿cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?”. Y el rey les dirá: “En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”.

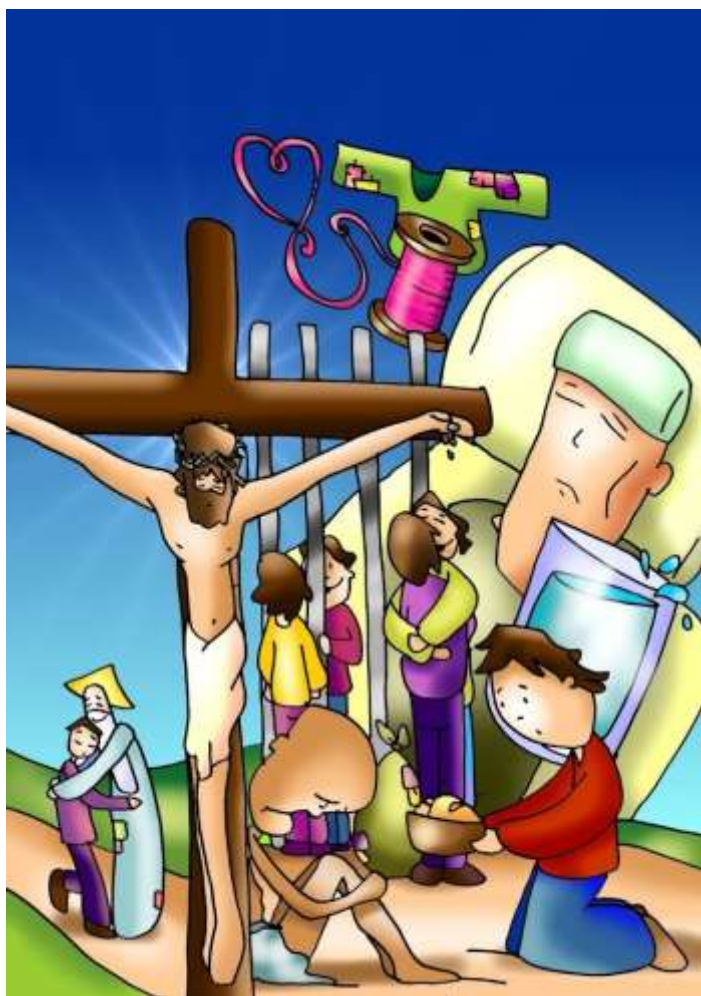
Entonces dirá a los de su izquierda: “Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis”.

Entonces también estos contestarán: “Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo, o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?”. Él les replicará: “En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo”.

Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna».

Palabra del Señor

Acojo en mi vida la Palabra



En Fratelli Tutti (63 y siguientes), el papa Francisco hace una exégesis de la parábola del Buen Samaritano, que bien puede ser la escena anterior a esta que leemos hoy en el Evangelio.

Jesús cuenta que había un hombre herido, tirado en el camino, que había sido asaltado. Pasaron varios a su lado, pero huyeron, no se detuvieron. Eran personas con funciones importantes en la sociedad, que no tenían en el corazón el amor por el bien común. No fueron capaces de perder unos minutos para atender al herido o al menos para buscar ayuda.

Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente.

Además, como todos estamos muy concentrados en nuestras propias necesidades, ver a alguien sufriendo nos molesta, nos perturba, porque no queremos perder nuestro tiempo por culpa de los problemas ajenos. Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor.

Mejor no caer en esa miseria. Miremos el modelo del buen samaritano. Es un texto que nos invita a que resurja nuestra vocación de ciudadanos del propio país y del mundo entero, constructores de

un nuevo vínculo social. Es un llamado siempre nuevo, aunque está escrito como ley fundamental de nuestro ser: que la sociedad se encamine a la prosecución del bien común y, a partir de esta finalidad, reconstruya una y otra vez su orden político y social, su tejido de relaciones, su proyecto humano.

Hemos sido hechos para la plenitud que sólo se alcanza en el amor. No es una opción posible vivir indiferentes ante el dolor, no podemos dejar que nadie quede “a un costado de la vida”. Esto nos debe indignar, hasta hacernos bajar de nuestra serenidad para alterarnos por el sufrimiento humano. Eso es dignidad.

Puestos en camino nos chocamos, indefectiblemente, con el hombre herido.... todos tenemos algo de herido, algo de salteador, algo de los que pasan de largo y algo del buen samaritano.

Para los cristianos, las palabras de Jesús tienen también otra dimensión trascendente; implican reconocer al mismo Cristo en cada hermano abandonado o excluido.

¿Nos inclinaremos para tocar y curar las heridas de los otros? ¿Nos inclinaremos para cargarnos al hombro unos a otros? Este es el desafío presente, al que no hemos de tenerle miedo.

¿Qué ha de cambiar en mi proyecto de vida para reconocer a Cristo en cada hermano o hermana abandonados?

Y me dejo llevar hasta concretar en mi vida...Poniéndote en manos del Señor, ora:

**CON VOSOTROS ESTÁ
Y NO LE CONOCÉIS,
CON VOSOTROS ESTÁ,
SU NOMBRE ES "EL SEÑOR".**

Su nombre es "el Señor", y pasa hambre,
y clama por la boca del hambriento,
y muchos que lo ven pasan de largo,
acaso por llegar temprano al templo.

Su nombre es "el Señor", y sed soporta,
y está en quien de justicia va sediento,
y muchos que lo ven pasan de largo,
a veces ocupados en sus rezos.

Su nombre es "el Señor", y está desnudo,
la ausencia del amor hiela sus huesos,
y muchos que lo ven pasan de largo,
seguros y al calor de su dinero.

Su nombre es "el Señor", y enfermo vive,
y su agonía es la del enfermo,
y muchos que lo saben no hacen caso,
tal vez no frecuentaba mucho el templo.



.Y para vivir lo que pido, ofrezco mi vida, unida a la de los pobres.

Señor Jesús, te ofrecemos todo el día nuestro trabajo,
nuestras luchas, nuestras alegrías y nuestras penas.

Concédenos, como a todos nuestros hermanos de
trabajo, pensar como Tú, trabajar contigo y vivir en Ti.

Danos la gracia de amarte con todo nuestro corazón y
de servirte con todas nuestras fuerzas.

Que tu reino sea un hecho en las fábricas, en los
talleres, en las minas, en los campos, en el mar, en las
escuelas, en los despachos y en nuestras casas.

Que los militantes que sufren desaliento permanezcan
en tu amor. Y que los obreros muertos en el campo del
honor del trabajo y de la lucha, descansen en paz.

María, Madre de los Pobres,

Ruega por nosotros

